

Sumario:

La carta apostólica "Novo Millennio Ineunte", está llamada a ser para nosotros, para toda la Iglesia, el sendero que enrumba todos nuestros esfuerzos evangelizadores y pastorales, que lleven a hacer presente a Jesucristo como "camino, para la comunión y la solidaridad". Esto lleva implícito el gran desafío de "desentumecer las rodillas" para salir al encuentro de Jesucristo que viene a nosotros en el diario vivir.

La pastoral
de comunión
en la Novo Millennio
Ineunte

P. Cristián Precht Bañados
*Licenciado en Teología y en Sagrada Liturgia.
Vicario Episcopal Zona Sur de Santiago.
Arzobispado de Santiago - Chile.*

Dos teólogos jóvenes, de diversa escuela, han comentado que la Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte” es un documento que marcará la pastoral de manera semejante a lo que sucedió con la Exhortación Apostólica “Evangelii Nuntiandi”. Y uno de ellos añadió, “en la primera se nos propuso la Carta Magna de la Evangelización; en ésta encontramos los contenidos de la Nueva Evangelización”. A primera vista parecen dos observaciones un tanto exageradas. Sin embargo, y sin entrar en comparaciones, nos encontramos ante un documento de gran envergadura que se debe leer de la mano de la “Tertio Millennio Adveniente” y – en nuestro Continente – de la Exhortación Apostólica “Ecclesia in America”.

Es grande la riqueza de esta Carta Apostólica, escrita con un lenguaje novedoso¹ y hasta testimonial² en que el Papa nos brinda

¹ Nos permitimos consignar expresiones que llaman la atención: algunas de ellas que son “frases para el bronce” otras son interesantes por el uso del lenguaje: “el cristianismo es gracia... es la sorpresa de un Dios que...se ha puesto al lado de su criatura” (4.2); “El cristianismo es la religión que ha entrado en la historia” (5.1); “la santidad representa el mismo rostro de Cristo” (7.1); “Antes aún, y mucho más que el cuerpo, su pasión es el sufrimiento atroz del alma” (26.1); “No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo” (29.2). A propósito de la santidad “si los padres conciliares concedieron tanto relieve a esta temática no fue para dar un especie de toque espiritual a la eclesiología...” (30.3) “este ideal de perfección no ha de ser malentendido... practicable solo por algunos genios de la santidad” (31.3). Sin una espiritualidad de la comunión “de poco servirán los medios externos de la comunión. Se convertirán en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento” (43.2). Refiriéndose a la misión dice que “ya no volvemos al anodino día a día” y que, por el contrario hay que “desentumecer las piernas” para que “nuestra andadura” se haga más rápida al recorrer los caminos del mundo (59.1; 58.2). En cuanto a la solidaridad afirma que “esta es la hora de una nueva imaginación en la caridad” ... por eso hay que actuar de tal manera que “los pobres se sientan en su casa en cada comunidad cristiana” (50.2 y 3).

² Muchas son las expresiones testimoniales (Cf 2.1.; 6.2.; 8.1.; 9.1.; 9.2; 9.4; 10.5; 10.6; 13.1; 13.2). La que personalmente más me impresiona es aquella en que

una mirada agradecida del acontecimiento jubilar, recordando sus principales objetivos y momentos, prolongándola en una contemplación del Rostro de Cristo³, que es “el núcleo esencial de la gran herencia que nos deja” el Jubileo⁴. En ese espíritu nos invita a “mirar hacia adelante”⁵ y a “remar mar adentro”⁶ pues “lo que hemos hecho este año no puede justificar una sensación de dejadez y menos aún llevarnos a una actitud de desinterés”⁷. Esta Carta, transpasada de urgencia evangelizadora, nos invita a realizar “una programación pastoral eficaz”, en cada Iglesia Particular⁸, pero insistiendo en que ésta se enraice en “la contemplación y la oración... buscando ser antes que hacer”⁹. Y, consecuente con esta invitación, nos introduce en “la profundidad del misterio de Cristo” - antes de señalar algunas prioridades pastorales - y en “la espiritualidad de la comunión”¹⁰, antes de entrar en indicaciones más “operativas”.

nos relata su mirada a los peregrinos: “Frecuentemente me he parado a mirar las largas filas de peregrinos en espera paciente de cruzar la Puerta Santa. En cada uno de ellos trataba de imaginar la historia de su vida, llena de alegrías, ansias y dolores; una historia de encuentro con Cristo y que en el diálogo con él reemprendía su camino de esperanza” (8.1).

Es hermosa también la referencia a su propio jubileo personal: “es difícil sentir la emoción que sentí al poder venerar los lugares del nacimiento y de la vida de Cristo” (13.1). Y en esta misma línea no oculta sus sentimientos ante los diversos encuentros. “Conmovera” fue la Liturgia de la Purificación de la Memoria y la reflexión y oración de los fieles que participaban en los encuentros (6.2; 9.1), “emotivo” el encuentro con los presos (10.5), “simpático” el del mundo del espectáculo (10.5). Y no deja de impresionar que las “prioridades pastorales” que propone a la Iglesia son aquellas “que la misma experiencia del Gran Jubileo ha puesto especialmente ante mis ojos” (29.7).

Pero, obviamente, el que se lleva las palmas es el encuentro con los jóvenes cuya imagen “queda viva en el recuerdo”, “viéndolos” deambular por las calles alegres y reflexivos, deseosos de oración, de sentido y amistad verdadera... Se muestra “sorprendido” y “vibrando con su entusiasmo” no duda en pedirles “una opción radical de fe y de vida” (9).

³ Hay en el texto hay unas 25 referencias a la contemplación del Rostro de Cristo y otras 8 más referidas a otras formas de contemplación.

⁴ “Si quisiéramos individuar el núcleo esencial de la gran herencia que nos deja, no dudaría en concretarlo en una contemplación del rostro de Cristo: contemplado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino” (NMI 15.1)

⁵ NMI 15.2

⁶ NMI 1.1; 1.2; 15.2; 38.2; 58ss

⁷ NMI 15.2

⁸ NMI 15.2; 29; 43.3

⁹ NMI 15.4

¹⁰ NMI 21.1; 43.1

El contenido de esta Carta Apostólica no se puede agotar en una breve presentación. Podríamos, desde luego, detenernos en su Cristología¹¹ o en su reiterada llamada a la contemplación. Podríamos profundizar “la apasionante tarea de renacimiento espiritual” que se traduce en “algunas prioridades pastorales”¹² encabezadas por la pastoral de santidad¹³. Sin embargo, en esta ocasión hemos preferido concentrarnos en lo que el mismo Pontífice señala como “el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza”¹⁴, es decir, en la espiritualidad y la práctica de la pastoral de comunión.

1. La espiritualidad de comunión

Se trata, entonces, de “hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”¹⁵. Esto significa en la práctica la “espiritualidad de la comunión... proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades”¹⁶. Según el pensamiento papal esta “casa” y esta “escuela” necesitan de un conocimiento acabado de las enseñanzas del Concilio Vaticano II y, en especial, de la Constitución Apostólica *Lumen Gentium*¹⁷. En efecto, la pastoral de comunión brota claramente de las enseñanzas del Concilio que el Papa propone volver a leer y dar a conocer ya que “a medida que pasan los años, aquellos textos no pierden su valor ni su

¹¹ Es particularmente profundo y hermoso el Cap. II dedicado a la contemplación del Rostro de Cristo. Lo es también su pedagogía 1. “Queremos ver a Jesús” Jn 12,21, NMI 16ss; 2. “Los discípulos se alegraron al ver al Señor” Jn 20,20, NMI 19ss; 3. “Señor, busco tu rostro” Ps. 27[26]8, que en el oído resuena a “muéstranos tu Rostro, Señor”... NMI 19ss. Y entonces nos ofrece la contemplación del Rostro del Hijo (24), del Rostro Doliente (25ss) y del Rostro Resucitado (28). Sólo entonces nos preguntamos “¿qué hemos de hacer, hermanos? Hech 2,37, NMI 29.

¹² NMI 27.9

¹³ NMI 30 a 41

¹⁴ NMI 43.1

¹⁵ NMI 43.1

¹⁶ NMI 43.2

¹⁷ Es interesante detenerse en las referencias y citas al pie de página de la NMI. En el texto de la Carta el Concilio Vaticano II es citado y referido en 16 o 17 ocasiones; y de las 44 citas al pie de página 21 se refieren al Concilio y, de éstas, 8 a LG y 6 a GS.

esplendor”¹⁸. Esta vuelta a las fuentes del Concilio no es sólo buen deseo sino que tiene algo de mandato. Es lo que se percibe, al final de la Carta, cuando el Papa nos pregunta si hemos hecho el examen de conciencia relativo al Concilio recomendado en la Tertio Millennio Adveniente¹⁹ -¿lo hemos hecho?- y no duda de calificar el Vaticano II como “la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX” y “una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”²⁰. ¿No sería del caso, por ejemplo, hacer ediciones pedagógicas del Concilio –por lo menos de las cuatro grandes Constituciones– y, para los ministros ordenados y los consagrados, un Oficio de Lecturas para un año con textos tomados del Vaticano II?

1.1 *El designio de Dios*

El “empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de las Iglesias particulares”²¹ para hacer de la Iglesia “la casa y la escuela de la comunión” es, en primer lugar, un acto de fidelidad al “designio de Dios”. Más precisamente: “La comunión (koinonía) encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia [...] Las palabras del Señor a este respecto son demasiado precisas como para minimizar su alcance. Muchas cosas serán necesarias para el camino histórico de la Iglesia también en este nuevo siglo; pero si faltara la caridad [*ágape*], todo sería inútil”²².

La Iglesia, por designio de Dios, cree en la comunión. La gente común la intuye, la anhela, la desea... El ciudadano común quiere vivir en paz y ama la unión. La ama el padre y la madre de familia para su hogar, la ama toda persona que experimenta el dolor de una ruptura, la tensión de un conflicto y anhela reencontrar la armonía perdida. La amamos y buscamos nosotros en nuestras comunidades eclesiales así como en nuestra vida personal. A todos nos gusta sentirnos considerados, integrados, amados, tomados en cuenta, y sufrimos mucho cuando nos sentimos apartados, segregados, excluidos. La Iglesia,

¹⁸ NMI 57.1

¹⁹ NMI 57.1; TMA 36.5 y es oportuno recordar:

“La mejor preparación al vencimiento bilmilenario ha de manifestarse en el renovado compromiso de aplicación, lo más fiel posible, de las enseñanzas del Vaticano II a la vida de cada uno y de toda la Iglesia”, TMA 20. 2

²⁰ Cf NMI 57

²¹ NMI 42.1

²² NMI 42.2

además, siente a lo vivo el testamento de Jesús: “que todos sean uno como Tú, Padre, estás en mí y yo en Ti; que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste”²³. Es que la comunión, un bien en sí mismo, es también una condición de credibilidad del Evangelio que predicamos: “mirad como se aman...”

La Iglesia no cree en el enfrentamiento: cree en el entendimiento. La Iglesia no puede bendecir las rupturas: tiene que bendecir los reencuentros. La Iglesia no cree en un mundo excluyente: cree en un mundo integrado. Ella postula un mundo reconciliado y no uno beligerante. Uso el verbo ‘creer’ a plena conciencia, puesto que estamos hablando de una opción de fe y no de meras tácticas humanas. Y, precisamente por ser una opción de fe, la comunión se fundamenta en la confianza, que es fe en Dios y fe en los demás. El inicio y el sedimento de todas las rupturas se encuentra en la desconfianza, actitud que nos aleja y nos hace interpretar todo lo de Dios y todo lo del otro, bajo el prisma de la sospecha. Entonces entramos de lleno en el mundo del pecado, propio del hombre carnal.

El mundo del Espíritu, el mundo de Pentecostés, es el de la historia vivida y leída a la luz de la Santa Trinidad. Es el que pone lo mejor de lo suyo para ayudar al crecimiento de la Iglesia, de la vida en comunidad y ama las diversas formas de comunión que hoy se viven en el Pueblo de Dios. Es el mundo del amor hasta la muerte, del perdón a los que nos han ofendido y de la oración por los que nos persiguen²⁴. Y si no, ¿qué novedad aportaríamos al mundo los discípulos de Jesús? Este es precisamente –repito– “el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza si queremos ser fieles a los designios de Dios y responder a las profundas esperanzas del mundo”²⁵.

1.2 *Las esperanzas de la humanidad*

El desafío de la comunión, tal como lo escuchamos, es también una respuesta “a las profundas aspiraciones del mundo”²⁶. En verdad, estamos en un momento de la historia en que, junto a los progresos

²³ Jn 17, 21

²⁴ Cf Lc 6, 27-32

²⁵ NMI 43.1

²⁶ NMI 43.1

increíbles y al aumento de tantas formas de comunicación, coexisten profundas soledades y exclusiones; en que el crecimiento económico de los más poderosos genera enormes inequidades en las oportunidades e injusticias en la distribución de la riqueza. A nuestras espaldas queda un siglo manchado de sangre por las dos guerras mundiales, un holocausto conocido y muchos otros silenciosos, como los genocidios en Africa, los millones de creaturas abortadas anualmente, los también millones de desplazados y migrantes; un mundo de revoluciones y dictaduras sangrientas que han causado tanto dolor y tanta muerte. Y, lamentablemente, éstas no son cosas del pasado: hoy mismo se libran guerras en muchas partes del planeta y en Tierra Santa donde el conflicto lastimosamente parece ir en aumento.

En este tiempo sentimos hondamente la crisis del amor... en la familia... en las parejas que deciden convivir sin mayor compromiso... en que las palabras abnegación, sacrificio, entrega, han sido exiliadas del vocabulario cotidiano. Un tiempo en que asistimos a la legalización del aborto, la eutanasia y la convivencia homosexual homologada al matrimonio. Un tiempo marcado por un profundo individualismo en que lo que importa es que yo surja, que yo tenga dinero, que yo triunfe –no importa a qué precio– así sea traficando con armas, con drogas o influencias... Un tiempo en que en muchos lugares, como en Chile, no logramos superar las heridas del pasado con verdad, justicia y espíritu de reconciliación.

Y al referirnos al “mundo” pensamos también en la Iglesia –en nosotros– ya que no somos inmunes a las actuales tendencias culturales: nosotros somos actores, protagonistas y a veces cómplices de esta mentalidad individualista, competitiva, privatizadora. Lo vemos a diario en nuestros conflictos intraeclesiales. Nos cuesta mucho trabajar en una pastoral orgánica y de conjunto. Todavía subsisten los “caciques”, en parroquias y obispados, y la pastoral de CCB y CEBs ha sufrido un cierto retroceso. Por otra parte, en muchas partes se constata que, además de las descalificaciones y tensiones entre comunidades y movimientos, entre sacerdotes y laicos, se ha debilitado la pastoral de solidaridad y el sentido social de nuestra pastoral.

No hago este recuento con ánimo negativo. También podría citar el florecimiento de tantas formas de asociación y la riqueza

aportada por los nuevos movimientos y comunidades. Pero es innegable que el individualismo –personal y de grupo– que reina en nuestros días es también una razón para entender mejor porque “el” gran desafío para la Iglesia es abocarse a la pastoral de comunión y que éste responde a “las profundas esperanzas del mundo”. Incluso es interesante verificar el afán con que se busca crear “redes” de solidaridad y que el internet sea una especie de tela de araña que procura abrazar al mundo entero. La misma “globalización” con todos los problemas que ofrece es una búsqueda por tener un mundo más comunicado. Lo que sucede es que el fondo imborrable de nuestra esperanza radica en que hemos sido creados a imagen y semejanza de la Santa Trinidad. Y precisamente desde su seno nace lo que podemos designar como el “proyecto pastoral” de la comunión y la misión. Esto lo podemos verificar incluso si miramos el mundo con un microscopio y con un telescopio: es impresionante descubrir que en el micro y macro mundo las realidades sólo se sostienen cuando pueden vivir en comunión tanto de células como de constelaciones.

1.3 La espiritualidad de la comunión

Sin embargo, “antes de programar iniciativas concretas” para llevar adelante este proyecto, “hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades”²⁷.

1.3.1 ¿Qué es la espiritualidad de la comunión?

Es oportuno citar in extenso –seguramente una vez más– este párrafo clave de la Carta Apostólica referente a la espiritualidad de la comunión:

- “La espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo *hacia el misterio de la Trinidad*, que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado;

²⁷ NMI 43.2

- Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano en la fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por lo tanto, como *uno que me pertenece* para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una profunda y verdadera amistad;
- Espiritualidad de la comunión es también la capacidad de ver todo *lo que hay de positivo en el otro*, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: “un don para mí” además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente”;
- En fin, espiritualidad de comunión es saber ‘*dar espacio*’ al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros [Ver Gál 6, 2] y rechazando las tentaciones egoistas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias”²⁸.

Como si esto fuera poco, Juan Pablo II es tajante en su conclusión: “no nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirán los caminos externos de la comunión. Se convertirán en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento”²⁹.

1.3.2 La “mirada del corazón” a la Santa Trinidad

La clave de la espiritualidad de la comunión –no podría ser de otra manera– es “la mirada del corazón” al misterio de la Trinidad. Esta contemplación cordial es la base de la pedagogía de comunión –“la escuela de comunión”– que es razón de ser de la Iglesia. Nosotros somos y nos movemos desde el seno de la Trinidad. Ese es nuestro ambiente vital. Y a esa Santa Trinidad tenemos que acudir para comprender el misterio del amor en la diversidad. Ella es la única que nos lo puede enseñar y de hecho lo hace a través del misterio de la Encarnación del Hijo que ha venido a revelarnos la existencia, el dinamismo y el amor de la Santa Trinidad. “El que me ve a mí, ve a mi Padre”³⁰: así de transparente la comunión; “les conviene que me vaya

²⁸ NMI 43.2

²⁹ NMI 43.2, final

³⁰ Jn 14, 9

pues les enviaré al Paraclito”³¹: así de intensa la comunión; y “vendremos y haremos morada en ustedes”³²: así de íntima la comunión.

El camino hacia el misterio Trinitario es, pues, claramente cristológico. Sin embargo, al señalar el Papa que la mirada del corazón es “a la Trinidad que habita en nosotros”³³ se hace una referencia a la experiencia espiritual, al don del Espíritu que nos habita y que nos revela todas las cosas³⁴. Es un camino pneumatológico que, en ese sentido, recoge y dialoga con tanta búsqueda de espiritualidad que se da en la actualidad.

Pero la mirada no se queda encerrada en una interioridad individualista. Si es cristiana, esta “mirada del corazón” es necesariamente antropológica ya que su “luz debe ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado”³⁵. Nuestra predicación de Dios Creador ha radicado muchas veces la “imagen y semejanza” con Dios en la inteligencia, la voluntad y la libertad del hombre. Sin dejar de lado estas “semejanzas” es posible que hayamos relegado a un segundo plano la “imagen” relacional, aquella que brota del seno mismo de la Santa Trinidad. Esa que expresa con tanta belleza el texto bíblico del sexto día de la creación cuando Dios dijo “hagamos al hombre a *nuestra* imagen y semejanza: que ellos dominen los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos y todos los reptiles”.... “Y Dios creo al hombre *a su* imagen; a imagen de Dios *lo* creó; varón y hembra *los* creó”³⁶. Esta es una relación que humanamente se perfecciona cuando dos personas diferentes llegan a ser una sola carne en el matrimonio, cuando los diversos formamos un solo “Cuerpo” en Cristo, así como cuando los consagrados llegamos a tener una relación Esponsal con el Señor y con la Iglesia. Entonces el hombre –varón y mujer– por su relación de amor se vuelve icono de la Santa Trinidad. Por ello, junto con contemplar cordialmente a la Trinidad que habita en cada uno de nosotros, el Papa nos invita a contemplar cordialmente a los hermanos y, a fortiori, a la misma Iglesia de la cual formamos parte.

³¹ Cf Jn 16, 7

³² Jn 14, 23

³³ NMI 43.2

³⁴ Cf Jn 14, 26

³⁵ NMI 43.2

³⁶ Gén 1, 26-27



En palabras recientes del Papa la exhortación es “ser ante todo, enamorados de la Iglesia, de la Iglesia terrestre y de la celeste, mirándola con fe y con amor, a pesar de las manchas y arrugas que puedan marcar su rostro humano”³⁷.

1.3.3 La “mirada del corazón” hacia nuestro prójimo

En el mundo hay agrupaciones que se identifican con el nombre de *compañero, camarada, compadre, correligionario...* Entre cristianos, en cambio, nos llamamos *hermano, hermana...* Y, si le creemos al lenguaje, eso significa considerar realmente a cada persona como mi hermano, como mi hermana, hija del mismo Padre, habitado por el mismo Espíritu, por quien corre la misma Sangre de Cristo.

Todo esto lo creemos, lo sabemos y, por eso, deseamos ardientemente aprender a vivir este misterio de amor que ha cambiado la faz de la tierra. El punto está en el **cómo...** ¿Cómo convertirnos a la fraternidad y dejar nuestras luchas fratricidas para apoderarnos de la influencia y del poder? ¿Cómo desarmarnos de nosotros mismos para aprender a vivir en la libertad que da el amor, aquella que es propia de los “pobres de espíritu”?

Siguiendo la trama de esta Carta Apostólica podemos afirmar que, para lograr este propósito, el **como** pasa por la **contemplación**. Es necesario aprender a contemplar, a admirar, al Señor y a los hermanos, para que, a través del maravilloso intercambio que establece toda admiración, recibamos con abundancia el Espíritu de Jesús. El es el único que puede mover nuestra voluntad de manera permanente y perseverante para vivir el corazón del Evangelio: “ámense unos a otros como Yo los he amado”³⁸. En consecuencia, la invitación a “sentir al hermano... como uno que me pertenece... para intuirlo... y ofrecerle una verdadera amistad”; la invitación a “ver ante todo lo que hay de positivo en el otro y acogerlo y valorarlo como un regalo de Dios”; la invitación a “dar espacio al hermano, rechazando las tentaciones egoístas”³⁹, se puede ver facilitada por la pedagogía de

³⁷ Homilía del 13.05.01 al ordenar a 34 nuevos sacerdotes y entregarles simbólicamente la NMI.

³⁸ Jn 15, 12

³⁹ Cf NMI 43.2



la contemplación, expresando de esa manera la primacía de la comunión en nuestra educación. En concreto, es una invitación a:

- contemplar al Hijo amado, ***haciéndose prójimo de la humanidad***, poniendo su tienda entre nosotros⁴⁰, o descendiendo de su cabalgadura para sanar las llagas del herido que yace entre la vida y la muerte a la vera del camino⁴¹. En América Latina y el Caribe podemos ponerle rostro concreto a esta solidaridad: puede llamarse Pedro Claver, Martín de Porres, Alberto Hurtado, Socorro Jurídico, Minuto de Dios, Vicaría de la Solidaridad, en la Pastoral de la Tierra, en las Campañas de Fraternidad, en la Posada de Belén... Lo cierto es que “en esta tarea que no conoce fronteras, la Iglesia ha sabido crear una conciencia de solidaridad concreta entre las diversas comunidades del Continente y del mundo entero, manifestando así la fraternidad que debe caracterizar a los cristianos de todo tiempo y lugar”⁴²;
- contemplar a ***Cristo vivo en el rostro de cada hermano*** especialmente en los “menores”, en las prostitutas y prostitutos, en los mendigos profesionales, “lo que hiciste al menor de mis hermanos, a mí me lo hiciste”⁴³, y empezar a desarrollar hacia el prójimo una devoción semejante a la que sentimos por el Cuerpo sacramentado del Señor. Habría que recuperar esos textos inspirados de San Juan Crisóstomo y San Basilio, esos que nos muestran la incoherencia de rodear con lujos la presencia sacramental de Cristo en la Eucaristía, mientras dejamos con andrajos al Cristo que mendiga su pan en la puerta de los templos;
- contemplar ***los encuentros de Jesús*** que hacen del extraviado un hermano, una hermana, digna de todo nuestro respeto: puede ser Zaqueo, la Samaritana, la mujer pecadora, Pedro arrepentido o los discípulos de Emaús. Jesús vive estos encuentros con un corazón fraterno, haciendo que su señorío nunca consista en ponerse por encima, sino más bien a la altura de los pies, donde

⁴⁰ Cf Jn 1, 14

⁴¹ Cf Lc 10, 25-37

⁴² E Am. 18.2

⁴³ Mt 25, 40



corresponde ubicarse al servidor⁴⁴. Desde abajo del árbol llama Jesús a Zaqueo... agachado sobre la arena mira a quienes se disponían a apedrear a la mujer adúltera... desde el suelo lava los piés a sus discípulos... Su único momento en las alturas lo tiene al ser elevado en una Cruz como *el maldito de la humanidad*... y desde su abyección atrae todas las miradas⁴⁵;

- ***contemplar con Jesús y como Jesús el corazón de cada cual*** para conocer “las razones escondidas”, las que dan sentido a la vida de cada persona y las que explican sus talentos o sus frustraciones y dolores. Muchas veces habremos sentido, ante personas entrañablemente amadas, el deseo de mirar la vida desde el corazón de esa persona –aunque sólo sea por un instante– para comprenderla “desde adentro” y poder donarle lo que le hace bien, lo que la edifica o simplemente lo que más le gusta. Ese es un rasgo del don del Espíritu que nos lleva a mirar “cordialmente” y “desde dentro” los sentimientos de Jesús, los proyectos de Jesús, las razones de Jesús, hasta que ellas sean parte de nuestro sentir y de nuestro actuar;
- es ***la contemplación admirada***, la que es capaz de descubrir los dones que tiene cada cual; de reconocerlos, de acogerlos, de estimularlos, de bendecirlos y de llegar a sentirnos felices cuando estos brillan al servicio del Evangelio. Se requiere una madurez muy grande para gozar con el éxito de los demás y de no sentirnos agredidos simplemente porque a otro le va bien. Una madurez humana y evangélica pues, para quien sabe que todos formamos un mismo Cuerpo, el bien de los demás redunda siempre en nuestro propio beneficio, porque el triunfo de mi hermano es mi propio triunfo;
- es la ***contemplación conmovedora de la Cruz de Cristo***, sin la cual, es imposible entender las dimensiones del amor, ni perseverar en las contemplaciones anteriores. Todo amor pasa por la cruz y en ella madura. Y en la Cruz del Calvario se nos regala la mayor revelación histórica del amor trinitario que es el que queremos aprender a contemplar con la mirada del corazón...

⁴⁴ Cf Jn 13, 5

⁴⁵ Cf Jn 12, 32



1.3.4 La “mirada del corazón” hacia la Iglesia

Otro paso en la conversión hacia a la comunión es mirar a la propia Iglesia con los ojos del corazón. Es común que hablemos de la Iglesia como desde fuera... con ese lenguaje adámico posterior al pecado original en que Eva es “esa mujer que tú me diste” y no más “la que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”⁴⁶. Nos sucede algo semejante en muchas de nuestras opiniones y juicios sobre la Iglesia de Roma o sobre una Iglesia Particular. Tomamos distancia, hacemos análisis de corte sociológico o simplemente de carácter político, desprovisto de afecto y, peor aún, con una mirada de fe debilitada.

La invitación del Papa es a contemplar cordialmente “*hacia el misterio de la Trinidad*, que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado”⁴⁷. ¿Y no tendríamos, en primer lugar, que hacernos prójimos de la Iglesia, y reconocer la luz de la Trinidad en mis hermanas y hermanos en la fé?

La mirada del corazón a la Santa Trinidad consiste también en lograr una mirada diferente hacia la Iglesia Particular y Universal, con sus grandezas y debilidades, con su historia santa y con su historia de pecado. Tal “conversión” significa pasar de considerarla como “la” Iglesia a sentirla como “mi” Iglesia. La Iglesia que me ha enseñado lo que soy y en la que hoy enseño a los que vienen. La Iglesia que sueño y la Iglesia que me desvela; aquella que me ha llamado y me ha consagrado para dar en ella mi vida entera. ¡Mi Iglesia! ¡Nuestra Iglesia!

En estos años en que gracias al Movimiento Bíblico y Espiritual nos hemos visto enriquecidos por la Lectio Divina, nos haría muy bien una “lectio divina” de cada Iglesia Particular, de cada Parroquia, de cada Comunidad Eclesial, inspirándonos en las Cartas a las Iglesias del Apocalipsis. Es preciso preguntarnos *qué dice el Señor* en la historia de cada Iglesia Particular, poniendo los nombres actuales a sus apóstoles, a sus profetas, a sus mártires, a sus catequistas, prolongando las historias cristianas que redactamos con ocasión del Jubileo⁴⁸. Es

⁴⁶ Gén 3, 12 y 2,23

⁴⁷ NMI 43.2

⁴⁸ Cf TMA 37.2



importante saber *que nos dice el Señor* a través de la historia de cada Iglesia, de su identidad más profunda, de sus éxitos y de sus fracasos, de sus celebraciones y defecciones. Es justo y necesario *dar gracias al Señor y presentarle nuestras súplicas* y ofrendas, desde esa historia eclesial “leída y meditada”. Entonces podremos *prolongar esta “contemplatio”* a través de los planes pastorales concretos que el Papa pide insistentemente en la Carta que comentamos.

Algo semejante podríamos hacer con “las Iglesias” que peregrinan en el Continente Americano y gozarnos con la belleza una y diversa con que proyectan el Rostro del Señor. Dar, por ejemplo, gracias a Dios por los “fiscales” de Chiloé, precursores del Diaconado Permanente, por la religiosidad andina, con sus bailes y colores, por las misiones jesuitas de la Chiquitania y el Paraguay, por la Iglesia del Brasil, vital, cercana al pueblo, inquieta siempre por nuevas iniciativas pastorales, por los Concilios Limeños de Santo Toribio de Mogrovejo y por el arte cuzqueño y el quiteño, y esas manos benditas que en Ecuador producen imágenes venerandas y Calvarios emocionantes, por la multitud de vocaciones de la Iglesia en Colombia que, a pesar de estar transpasada por una violencia interminable, ha sido tan generosa con toda América Latina. Habría que bendecir al Señor por las Iglesias probadas por la pobreza y por la naturaleza de América Central, y por las Iglesias martiriales de México, Cuba, Guatemala, el Salvador. Y agradecer el aporte de las Iglesias de las Antillas adelantadas en el ecumenismo y el diálogo interreligioso. Cuánto le debemos a las miles de capillas en que se reúne la comunidad eclesial y a los Santuarios en que los pobres sienten acogida y especial “ciudadanía”. Hablo desde el corazón. Hablo sin precisión... es la “lectio” que debe hacer cada Iglesia Particular y regalarnos un vitral de América Latina y el Caribe, iluminado por la luz de Cristo y entramado por la presencia de María. ¿No es eso, en parte, lo que vislumbra el Papa al invitarnos a ser “mysterium lunae”?⁴⁹

Una vez hicimos algo semejante en las Parroquias de la Iglesia en Santiago de Chile, inspirados en Hebreos 11, que nos narra la historia escrita desde la fe y que culmina en los primeros versículos

591

⁴⁹ NMI 54 “Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su reflejo [de Cristo]. Es el ‘mysterium lunae’ tan querido por la contemplación de los Padres, los cuales indicaron con esta imagen que la Iglesia dependía de Cristo, Sol del cual ella refleja su luz”.



del capítulo 12. Entonces invitamos a la gente a buscar a sus patriarcas y matriarcas, catequistas y profetas, vírgenes y confesores... y quedó escrita una hermosa historia en muchas comunidades. El paso posterior, de escuchar “lo que dice el Señor a las Iglesias” lo hemos vivido, en parte, en los Sínodos diocesanos. Pero, de alguna manera, la premura por planificar posterga la necesidad de contemplar y de escuchar en oración.

En estos tiempos de quiebre en las identidades y en las pertenencias, en que todo cambia tan vertiginosamente, es bueno contemplar lo nuestro con amor agradecido y con genuina contrición del corazón. Es la intuición que hay tras la “purificación de la memoria” de la cual ha dado reiterado ejemplo el Santo Padre, en el pasado y lo acaba de dar en su reciente viaje a Grecia. Una purificación que no sólo mira las faltas, sino que exalta las solidaridades y pone de relieve las grandes bendiciones, como es la confesión sacramental que debe –debería– comenzar con la *confessio laudis* y, sólo en ese contexto, reconocer con humildad nuestras culpas. En nuestros pueblos, heridos por tantos desencuentros –algunos tan recientes– esta purificación de la memoria puede ser parte de una “pedagogía de la reconciliación”, siguiendo el proceso de conversión que el mismo sacramento nos enseña. Así podremos “dar espacio al hermano”, “rechazar las tentaciones egoístas... que engendran desconfianzas y envidias”⁵⁰, reconocer los sentimientos odiosos y vengativos para purificarlos y proponer decididamente la gracia del perdón. Perdón con justicia. Perdón con verdad. Pero, finalmente, perdón y reconciliación.

Este misterio de la Iglesia, que a todos nos concierne, es parte esencial de la espiritualidad del Obispo y del sacerdote secular. Los religiosos tienen sus congregaciones y comunidades, como primer lugar de pertenencia. Y es bueno que así sea. Los monjes tienen sus monasterios y en ellos hacen voto de estabilidad. Y es bueno que así sea. Nosotros, en cambio, pertenecemos –nos hemos incardinado y dado en pertenencia– a una Iglesia Particular. Y por eso, en todo pastor maduro, hay un amor entrañable por todo lo que esa Iglesia significa.

⁵⁰ Cf NMI 43.2



En todo caso, los fieles laicos, los consagrados y los ministros ordenados podríamos detenernos largamente en la lectio de esta Iglesia que nos hace vivir y nos hace sufrir, la Iglesia en que servimos y que nos ha servido tanto. La que nos ha enseñado a orar, a amar y a perdonar y que despertó en nosotros la vocación al ministerio. Esta Iglesia tan amada por la cual quisiéramos dar la vida hasta el último suspiro. En mi caso particular, se trata de la Iglesia de Santiago: la Iglesia del Cardenal Caro y el Cardenal Silva Henríquez, la del Cardenal Fresno y del Cardenal Carlos Oviedo. Y, actualmente, la Iglesia que preside el Cardenal Francisco Javier.

No idealizo: simplemente verbalizo. Mi Iglesia y la de cada uno de Uds. tiene defectos y pecados, empezando por los míos. Es una Iglesia que ha conocido crisis y tensiones graves, momentos de protagonismo y tiempos de vigilia. Pero, es mi Iglesia, nuestra Iglesia: aquella que nos engendró como hijos de Dios Padre y en la que –por gracia del Espíritu– seguimos anunciando a Jesucristo y engendrando a un pueblo para Dios: “la Santa Iglesia de todos los días”...

2. Una pastoral de comunión

Siguiendo el pensamiento del Papa Juan Pablo II, “si verdaderamente hemos contemplado el rostro de Cristo, nuestra programación pastoral se inspirará en el mandamiento nuevo”⁵¹ y habrá que “poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia Universal como de las Iglesias particulares... en la comunión que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia”⁵². En nuestro Continente no podríamos hacerlo sin remitirnos a la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America* cuyo Capítulo IV está dedicado a tratar “in extenso” el tema en cuestión:

“Ante un mundo roto y deseoso de unidad es necesario proclamar con gozo y fe firme que *Dios es comunión*, Padre, Hijo y Espíritu Santo, unidad en la distinción, el cual llama a todos los hombres a que participen de la misma comunión trinitaria.

⁵¹ NMI 42.1

⁵² NMI 42.3



Es necesario proclamar que *esta comunión es el proyecto magnífico de Dios* [Padre]; que Jesucristo, que se ha hecho hombre, es el punto central de la misma comunión, y que el Espíritu Santo trabaja constantemente para crear la comunión y restaurarla cuando se hubiera roto.

Es necesario proclamar *que la Iglesia es signo e instrumento de la comunión* querida por Dios, iniciada en el tiempo y dirigida a su perfección en la plenitud del Reino⁵³.

Tenemos que decirlo muy claro: Dios es comunión y nosotros también. De ahí la urgencia de convertirnos a la comunión y de “proclamar –con valor– que la comunión es el proyecto magnífico del Padre”.

2.1 Los ámbitos de la comunión

Sobre la base de esta espiritualidad de la comunión el nuevo siglo nos compromete más que nunca “a valorar y desarrollar aquellos ámbitos e instrumentos que, según las grandes directrices del Concilio Vaticano II, sirven para asegurar y garantizar la comunión”⁵⁴. Y aún más, nos compromete a cultivar y ampliar día a día “los espacios de comunión [...], a todos los niveles, en el entramado de la vida de cada Iglesia”⁵⁵.

¿Cuáles son entonces esos ámbitos e instrumentos específicos de servicio a la comunión?

- “El **ministerio petrino y en estrecha relación con él, la colegialidad episcopal**” que, precisamente por tener su fundamento y consistencia en el designio de Cristo sobre la Iglesia, “necesitan de una continua verificación que asegure su auténtica inspiración evangélica”⁵⁶. No es primera vez que el

⁵³ E Am 33.1

⁵⁴ NMI 44.1

⁵⁵ NMI 45.1

⁵⁶ NMI 44.1

Papa toca este tema: ya lo había hecho en la Encíclica “Ut Unum Sint” en que con valentía y audacia propone revisar el ejercicio del ministerio de Pedro. Sólo que esta vez hace referencia más explícita a la colegialidad episcopal, inseparable del ministerio petrino, pero que requiere de nuevas iniciativas en su ejercicio. El Papa invita, pues, a imaginar, a crear, a proponer. Ya existen los Sínodos, el Papa ha dado nuevo impulso a los Consistorios, ¿cuáles podrían ser las nuevas iniciativas referidas a la colegialidad episcopal? Es un punto no menor sobre todo si se tienen en cuenta las enormes responsabilidades que pesan sobre el ministerio petrino y, por otra parte, la necesidad que siente el Santo Padre de renovar el rostro de este ministerio de cara al urgente ecumenismo.

- **“La reforma de la Curia romana, la organización de los Sínodos y el funcionamiento de las Conferencias Episcopales”.** En éstos ámbitos se ha avanzado mucho desde el Vaticano II pero ciertamente “queda mucho por hacer para expresar de la mejor manera las potencialidades de esos instrumentos de la comunión... particularmente hoy ante la exigencia que la Iglesia tiene de afrontar los cambios tan rápidos de nuestro tiempo”⁵⁷. Son todos puntos muy sensibles, sobre los cuales hay bastante reflexión crítica. Ha habido discusión sobre el ámbito y la importancia de las Conferencias Episcopales, sobre el servicio de la Curia Romana a la Iglesia universal, sobre los Sínodos romanos que, al decir de muchos obispos, han ido perdiendo agilidad y han pasado a ser instancias más consultivas que deliberativas. Séame permitido sugerir que en el próximo Consistorio los Señores Cardenales y posteriormente los Señores Obispos en el Sínodo de Octubre tendrán una excelente oportunidad para hacer aportes en torno a estos temas.
- **“Las relaciones entre Obispos, presbíteros y diáconos, entre Pastores y todo el Pueblo de Dios, entre clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales”** entre quienes debe ser patente la comunión. “Para ello se deben valorar cada vez más los organismos de participación previstos

⁵⁷ NMI 44.2

por el Derecho canónico, como los *Consejos presbiterales y pastorales*⁵⁸. Este nuevo espíritu en las mutuas relaciones debe estar basada en la “antigua sabiduría que sin desmedro alguno de la jerarquía de los pastores” escucha atentamente al Pueblo de Dios –incluso a los más jóvenes– porque es consciente de que en cada fiel sopla el Espíritu de Dios.⁵⁹

Estas instancias de comunión deben estar presididas por la espiritualidad de la comunión recordando sabiamente que: “así como la prudencia jurídica, poniendo reglas precisas para la participación, manifiesta la estructura jerárquica de la Iglesia y evita tentaciones de arbitrariedad y pretensiones injustificadas, la espiritualidad de la comunión da un alma a la estructura institucional, con una llamada a la confianza y apertura que responde plenamente a la dignidad y responsabilidad de cada miembro del Pueblo de Dios”⁶⁰.

2.2 La variedad de las vocaciones

“La unidad de la Iglesia no es uniformidad sino integración orgánica de las legítimas diversidades”. Ello nos lleva a estar abiertos para “acoger todos los dones del Espíritu”⁶¹ y, en consecuencia:

- **a impulsar “a los bautizados y confirmados a tomar conciencia de su propia responsabilidad activa en la vida eclesial”⁶²**. Pero para que ello sea efectivo, usando la terminología del Papa es necesario “dar espacio” a los laicos, “practicando una escucha recíproca y eficaz”⁶³, también en el campo de las decisiones para que su participación sea efectiva y experimenten la necesaria “ciudadanía” también en el seno de la Iglesia. Esto vale de manera especial para las mujeres sin cuyo renovado aporte el “futuro de la nueva evangelización es impensable”⁶⁴;

⁵⁸

NMI 45.1

⁵⁹

NMI 45.2

⁶⁰

NMI 45.3

⁶¹

NMI 46.1

⁶²

NMI 46.1

⁶³

NMI 45.1

⁶⁴

E Am43.2; y sobre los fieles laicos y la renovación de la Iglesia E Am. 44; y la dignidad de la mujer. E Am 45

- a ser más conscientes de que **“junto con el ministerio ordenado pueden florecer otros ministerios, instituidos o simplemente reconocidos, para el bien de toda la comunidad”**⁶⁵; “atendiéndola en sus múltiples necesidades: de la catequesis a la animación litúrgica, de la educación de los jóvenes a las más diversas manifestaciones de la caridad”⁶⁶. En este campo el Papa reintroduce un tema que ha estado algo postergado al hablar de “ministerios instituidos” (como lo son el de Lector y Acólito, en la actualidad) y ministerios “reconocidos” (y no sólo “servicios” reconocidos), abriendo más la puerta a una práctica que en América Latina tiene larga historia desde los comienzos de la Evangelización. No nos extendemos sobre el tema pero agradecemos que la Presidencia del CELAM, en estrecha unión con la Santa Sede, haya encargado a un obispo un exhaustivo estudio sobre tan importante tema;
- organizar con **urgencia “una pastoral de las vocaciones amplia y capilar**, que llegue a las parroquias, a los centros educativos y familias”⁶⁷. Si bien el contexto se refiere principalmente a las vocaciones al sacerdocio ministerial y “a la vida de especial consagración”, el Papa pide “a la comunidad cristiana [...] acoger todos los dones del Espíritu”... ya que la unidad de la Iglesia “no es uniformidad sino integración orgánica de las legítimas diversidades”⁶⁸. Al ser “amplia” esta pastoral vocacional debe incluir también la vocación al diaconado permanente que no es mencionada explícitamente en este punto⁶⁹;
- **“descubrir cada vez mejor la vocación propia de los laicos**, llamados como tales a ‘buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios’ y a llevar a cabo ‘en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde [...] con su empeño por evangelizar y santificar a los hombres’”⁷⁰. En este campo la pastoral de comunión se vuelve urgente. Es un

⁶⁵ NMI 46.1

⁶⁶ NMI 46.1

⁶⁷ NMI 46.2; E Am 40;

⁶⁸ NMI 46.1

⁶⁹ Cf E Am. 42

⁷⁰ NMI 46.3

hecho que nos cuesta integrar la diversidad de vocaciones personales y de asociaciones laicales. Es un hecho que nos cuesta respetar su misión propia y tendemos a someterlos a la jerarquía. Creo que nos ayudará detenernos nuevamente en la categoría Pueblo de Dios en que se articulan mejor las diversas vocaciones. Y ser conscientes que la separación entre los ministros ordenados, los que llevan una vida de especial consagración y los laicos, no es una línea divisoria continua, sino más discontinua, en que teniendo cada uno la propia vocación, hay muchos campos compartidos al servicio de la comunión y de la evangelización.

- ***“promover las diversas realidades de asociación***, que tanto en sus modalidades más tradicionales como en las más nuevas de los movimientos eclesiales, siguen dando a la Iglesia una viveza que es don de Dios constituyendo una auténtica primavera del Espíritu”⁷¹;
- ***prestar atención especial a la pastoral familiar***, “especialmente necesaria en un momento histórico como el presente en que se ha constatado una crisis generalizada y radical de esta institución fundamental”⁷².

2.3 El campo ecuménico y el diálogo interreligioso

2.3.1 Ecumenismo

La comunión también ha de vivirse en el campo ecuménico en que el Papa ha insistido reiteradamente durante el Gran Jubileo y con especial solemnidad en el Consistorio de Febrero del 2001 en que creó a 44 nuevos Cardenales. “La triste herencia del pasado nos afecta todavía al cruzar el umbral del nuevo milenio”⁷³. Hay una nueva urgencia en sus palabras y sus gestos producto de haber puesto la mirada en Cristo: “el Gran Jubileo ha hecho tomar una conciencia más viva de la Iglesia como misterio de unidad”⁷⁴.

⁷¹ NMI 46.3; Cf E Am. 44-45;

⁷² NMI 47.1

⁷³ NMI 48.1

⁷⁴ NMI 48.2



“Esta unidad que se realiza concretamente en la Iglesia católica, a pesar de los límites propios de lo humano, emerge también de manera diversa en tantos elementos de santificación y de verdad que existen dentro de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales; dichos elementos, en cuanto dones propios de la Iglesia de Cristo, les empujan sin cesar hacia la unidad plena”⁷⁵.

Confiado en que alcanzar “incluso en la historia, la comunión plena y visible de todos los cristianos” que “se apoya en la plegaria de Jesús y no en nuestras capacidades” mira con gran esperanza a las Iglesias de Oriente e invita a cultivar “con análogo esmero” el diálogo ecuménico “con los hermanos y hermanas de la Comunión anglicana y las Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma”. Este programa se puede llevar a cabo a través del ecumenismo de la oración, del ecumenismo de la reflexión teológica y moral, así como del ecumenismo de la acción. A ellos agrega el Papa “el gran ecumenismo de la santidad”⁷⁶ al cual ya se había referido en la Tercio Millennio Adveniente: “El ecumenismo de los santos, de los mártires, es tal vez el más convincente. La *communio sanctorum* habla con una voz más fuerte que los elementos de división”⁷⁷.

Lo propio del pecado es tratar de destruir la vocación de un ser humano. Allí radica su maldad. Si esto es así, es claro que el tentador tiene que ensañarse con la comunión ya que, pervirtiendo esa vocación profunda de la Iglesia, desfigura en ella su semejanza con la Santa Trinidad. Por eso, el ecumenismo de la santidad se hace imperioso, por fidelidad “al designio de Dios” y por responder “a los anhelos de la humanidad”, especialmente los del mundo de la incredulidad, en que nuestras divisiones siguen siendo causa o motivo para no abrazar la fe.

La mirada propositiva del Papa no incluye el tema de la acción proselitista de grupos sectarios y “de nuevos grupos religiosos” confrontacionales que en América Latina y el Caribe presentan graves desafíos a la pastoral ordinaria y a la pastoral de comunión⁷⁸. Aunque

⁷⁵

NMI 48.2

⁷⁶

NMI 48.4 y 5; Cf E Am.49;

⁷⁷

TMA 37.3; Cf NMI 41

⁷⁸

Cf E Am. 73



ha crecido la consciencia eclesial al respecto creemos que aún nos falta audacia y creatividad pastoral, y en algunos casos, una mejor inculturación del Evangelio para hacer frente a estas realidades que sabemos que también afectan a los fieles de otras Iglesias y Comunidades cristianas.

2.3.2 Diálogo y misión a la luz del Concilio

Otro imperativo de la comunión es establecer un diálogo interreligioso en la línea indicada por el Vaticano II. Un diálogo que asuma “la situación de marcado pluralismo cultural y religioso”⁷⁹ tal como se presenta en la sociedad del nuevo milenio. Un diálogo respetuoso, “íntimamente dispuestos a la escucha”⁸⁰, confiando en que la presencia del Espíritu de Dios “que sopla donde quiere suscite en la experiencia humana universal, a pesar de sus múltiples contradicciones, signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo a comprender más profundamente el mensaje del que son portadores”⁸¹. Un diálogo que ayude a proponer una firme base de paz en el mundo, alejando el espectro funesto de las guerras de religión: “el nombre del único Dios tiene que ser cada vez más, como ya es de por sí, *un nombre de paz y un imperativo de paz*”⁸².

Es interesante constatar que estos criterios se aplican también para el diálogo con la cultura y las culturas. De esa manera la Iglesia “da espacio en ella al humanum, sin el cual no hay catolicidad. No existe catolicidad si la cultura y la memoria histórica [...] no entran a formar parte de una Iglesia Particular”. Esta afirmación adquiere una dimensión insospechada si se afirma que el “diálogo es el nuevo nombre de la esperanza”⁸³.

Sin embargo, este diálogo “no puede basarse en la indiferencia religiosa”⁸⁴. Por eso, los cristianos tenemos el deber de ofrecer al

⁷⁹ NMI 55

⁸⁰ NMI 56.2

⁸¹ NMI 56.3

⁸² NMI 55.1

⁸³ Cardenal Re, discurso a la XXVIII Asamblea del CELAM 3.4 y 1.4 comentando el Instrumentum Laboris del Sínodo de los Obispos N. 83 y 30.

⁸⁴ NMI 56.1



mundo la plenitud de la esperanza que está en nosotros y el anuncio gozoso del Evangelio que se propone a todos “con el mayor respeto a la libertad de cada uno”⁸⁵. La Iglesia, por lo tanto, no puede sustraerse, en este espíritu, a la “misión ad gentes”⁸⁶.

2.3.3 La comunicación al servicio de la comunión

A ningún documento hay que pedirle que se refiera a todos los temas posibles porque por hablar de todo suelen perder relieve los asuntos importantes. Sin embargo, entrar de lleno a una pastoral de comunión, implica tomar en serio las comunicaciones al servicio de la comunión, “deuda eterna” de la comunidad intraeclesial, campo en que la Iglesia ha invertido ingentes recursos y que aún aparece deficitario. Sobre todo ante los medios públicos de comunicación social dominados por intereses no siempre afines a los de la Iglesia y un periodismo que no está preparado para ser propositivo. Interesa más explotar el desacuerdo -“para que sea noticia”- que contar los logros cotidianos con que ordinariamente se escribe la historia. En tiempos en que “los medios contribuyen a modelar la cultura y mentalidad de los hombres y mujeres de nuestro tiempo [...] quienes trabajan en ellos deben ser destinatarios de una especial acción pastoral”; y la Iglesia debe seguir aprendiendo a “evangelizar con los medios de comunicación social”⁸⁷.

Escuchando los informes de los episcopados en la XXVIII Asamblea del CELAM, se constata un aumento de radios y estaciones de televisión de Iglesia, así como el crecimiento de la Red Informática de A. Latina (RIIAL). Todo esto es muy bueno y auspicioso. Sin embargo, tenemos muchos más pasos que dar para entrar en el lenguaje de la cultura actual y utilizar mejor la técnica comunicacional que la Providencia de Dios pone en nuestras manos, sobre todo en la pastoral ordinaria de la Iglesia.

⁸⁵

NMI 56.1

⁸⁶

NMI 56.2

⁸⁷

E Am. 72



3. Apostar por la caridad

La pastoral de comunión no se concibe circunscrita sólo al ámbito intraeclesial. Por el contrario, un rasgo propio de la programación pastoral es que, por naturaleza, “la caridad se abre [...] al servicio universal, proyectándonos *hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano*. Éste es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral”⁸⁸.

Esta convicción lleva a ubicar lo que nosotros llamaríamos “la pastoral de solidaridad” dentro del mismo capítulo dedicado a la pastoral de comunión, uniendo más estrechamente lo enunciado en *Ecclesia in America*⁸⁹. También a esa Exhortación Apostólica tendremos que acudir para ver mejor el rostro de las “nuevas pobreza”⁹⁰ que hay en nuestro Continente. Sin embargo, hay nuevos desafíos universales que ciertamente nos conciernen y que el Papa no duda en proponer porque también afectan el ámbito de la comunión, como son las “contradicciones” con que entra el mundo al nuevo milenio dejando “no sólo a millones de personas no sólo al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana”⁹¹.

3.1 *La pastoral de solidaridad: caridad y promoción humana*

En primer lugar, entonces, hay que reflexionar sobre el nuevo estilo propuesto para hacernos cargo de los sufrimientos de los más pobres contemplados a la luz de la fe.

⁸⁸ NMI 49.1

⁸⁹ E Am.Cap II N. 18 a 25; Cap V. 52 a 65;

⁹⁰ “Nuevas pobreza que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social” NMI 50.2. A estas se añaden las de E Am. 59-65... entre los que aparecen los efectos de la deuda externa, la lucha contra la corrupción, la situación de los migrantes, de los pueblos originarios y de los americanos de origen africano...

⁹¹ NMI 50.1



3.1.1 Cristo se identifica con los pobres

“Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse”⁹². Y citando el texto de Mateo 25 el Papa concluye –de manera categórica– “esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia”⁹³.

Nadie puede ser excluido del amor. Menos aún cuando sabemos que “con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre”⁹⁴. La misma presencia especial de Cristo en los pobres fundamenta “e impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del Reino de Dios que Jesús mismo dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a Él para toda clase de necesidades espirituales y materiales”⁹⁵.

3.1.2 Solidaridad con el estilo de Jesús

Son muchas las necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana al empezar el nuevo milenio⁹⁶. El cristiano que se asome a este panorama debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que El dirige desde este mundo de la pobreza y tratar de “continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados”.

Lo novedoso de la Carta está en la convicción de que la caridad, requiere mayor creatividad. “Es la hora de un nueva *‘imaginación de la caridad’*, que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios

⁹² NMI 49.1

⁹³ NMI 49

⁹⁴ NMI 49.2 citando a GS 22

⁹⁵ NMI 49.2

⁹⁶ Cf NMI 50.1



con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno”⁹⁷.

Nuevamente el Papa vuelve a proponer el “estilo de Jesús” al que ya se refirió en *Ecclesia in America*, vinculándolo también a la opción preferencial por los pobres. Es el “estilo” de una vida sencilla, pobre, cercana a la gente y carente de ventajas⁹⁸ que él pide especialmente a los pastores. Es el “estilo personal de Jesús” que, así como sus opciones, “deben ser normativas para todos en la tarea de la evangelización” y por ello los pobres deben considerarse entre los primeros destinatarios de la evangelización, a semejanza de Jesús...”⁹⁹. Un “estilo” que debe reflejarse en la manera de vivir y de vestir, en las casas que habitamos y los automóviles que conducimos.

En este caso, “el estilo de Jesús” nos enseña a dar el valor primario a la persona más que a las obras. Y usando la palabra “cercanía” nos remite al primer anuncio de Jesús en San Marcos “el Reino está cerca... conviértanse y crean en el Evangelio” lo cual se demuestra en tantos signos en favor de los pobres, los enfermos, los necesitados. La exégesis del mismo texto de Marcos hace ver que la primera conversión que pide Jesús es precisamente a la cercanía de Dios, a la cercanía del Reino manifestada en su encarnación, y que –ya lo vimos– se verifica en la cercanía al hermano, haciéndonos prójimos suyos.

El estilo de Jesús no mira en menos la organización: lo hace en la multiplicación de los panes y la primera comunidad se organiza para servir las mesas y hacer una colecta en favor de los cristianos de Jerusalén. Por eso, bienvenidas las Cáritas y tanto Departamento de Acción Social. Sin embargo, nunca hay que perder de vista que es una persona singular la que está necesitada: es mi padre el que está cesante, es mi hermana la que fue abandonada, es mi hijo el que tiene SIDA... Lo aprendemos en los gestos de Jesús que cada vez que sana a una persona le devuelve su plena dignidad. Pienso especialmente en la mujer hemorroísa que al fin pudo caminar erguida en medio de su pueblo. Lo aprendemos también en la paternidad

⁹⁷ NMI 50.2

⁹⁸ Cf E Am. 28.2

⁹⁹ E Am. 67.2



de Dios que se manifiesta de manera tan cercana al “enjuagar las lágrimas” de los desconsolados¹⁰⁰. Esta cercanía personal y eclesial hará que el gesto solidario con quien sufre no sea sentido como ayuda humillante sino como un compartir fraterno...

En definitiva, lo que se propone en este nuevo “estilo” es el redescubrimiento de la primacía de la gracia, de lo gratuito, del don que, a veces, falsamente se opone a la eficiencia. Si descubriéramos el don de Dios, y la gratuidad con que El actúa, nos daríamos cuenta que no hay nada más eficiente que la gratuidad en el amor. Lo vemos de cerca en el amor paterno y materno, sobre todo en el materno. Por eso, la “escuela de comunión” que debe ser la Iglesia está llamada a descubrir la política de comunión, la economía de comunión y hacer de la solidaridad una manera de vivir y no sólo la respuesta a una emergencia.

3.1.3 Un nuevo estilo de evangelización

Esta vinculación entre la solidaridad y la evangelización, ambas con el estilo de Jesús, se expresa admirablemente en esta Carta: “tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como ‘en su casa’. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las *obras* corrobora la caridad de las *palabras*¹⁰¹.”

3.2 Los desafíos actuales

3.2.1 Algunos desafíos fundamentales

Junto a las dramáticas situaciones que afectan a los pobres, nuestra programación pastoral tiene que enfrentar nuevos desafíos que también conciernen a la pastoral de comunión. Así, por ejemplo,

605

¹⁰⁰ Cf. Apoc 7, 17; 21, 4

¹⁰¹ NMI 50.3



el “*desequilibrio ecológico*, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta”, “los *problemas de la paz*, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastrófica”, “el *vilipendio de los derechos humanos fundamentales*” y otras urgencias “ante las cuales el espíritu cristiano no puede permanecer insensible”¹⁰². Todos hechos que atentan contra la comunión.

Hay también aspectos propios de la radicalidad evangélica, a menudo incomprendidos, que deben estar muy presentes en la agenda pastoral. “Me refiero al deber de comprometerse en la defensa *del respeto a la vida de cada ser humano* desde la concepción hasta su ocaso natural” y a la obligación de “proclamar, oportuna e importunamente, que cuantos se valen de las *nuevas potencialidades de la ciencia*, especialmente en el terreno de las biotecnologías, nunca han de ignorar las exigencias fundamentales de la ética, apelando tal vez a una discutible solidaridad que acaba por discriminar entre vida y vida, con el desprecio de la dignidad propia de cada ser humano”¹⁰³.

3.2.2 Dar razón de nuestras opciones

“Para la eficacia del testimonio cristiano, especialmente en estos campos delicados y controvertidos, es importante hacer un gran esfuerzo para explicar adecuadamente los motivos de las posiciones de la Iglesia, subrayando sobre todo que no se trata de imponer a los no creyentes una perspectiva de fe, sino de interpretar y defender los valores radicados en la naturaleza misma del ser humano. La caridad se convertirá entonces necesariamente en servicio a la cultura, a la política, a la economía, a la familia, para que en todas partes se respeten los principios fundamentales, de los que depende el destino del ser humano y el futuro de la civilización”¹⁰⁴.

“Esta vertiente ético-social se propone como una dimensión imprescindible del testimonio cristiano. Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, ni con la lógica de la Encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del cristianismo. Si

¹⁰² NMI 51.1

¹⁰³ NMI 51.2

¹⁰⁴ NMI 51.3



esta última nos hace conscientes del carácter relativo de la historia, no nos exime en ningún modo del deber de construirla”¹⁰⁵.

Con esta comprensión de la comunión que abarca todos los campos de la Iglesia, la pastoral de comunión se vuelve claramente evangelizadora y misionera.

4. Caminar con esperanza

Al concluir nuestra presentación volvemos a las afirmaciones iniciales porque no se puede dejar de pensar que la contemplación del Rostro de Cristo ha sido la gracia central del Jubileo y que el Papa en persona lo ha experimentado. Esa es la fuente de esta Carta de entusiasmo contagioso en que –con transparencia y audacia– nos invita a revisar sin temor los ámbitos estructurales de la Iglesia, su variedad de vocaciones, su apertura a los demás, su servicio al mundo, su actitud ecuménica, su diálogo cultural e interreligioso. Una Carta que postula una pastoral de santidad, la primacía de la gracia, la centralidad de la Palabra escuchada y proclamada. Es, sin dudas, un texto inspirado que comienza a producir un gran impacto eclesial y que entrega a las Iglesias Particulares una hermosa tarea a realizar. Un texto marcado por un llamado a la misión: urgente, esperanzado, formulado en un lenguaje actual y hasta juvenil, para adentrarnos en el vasto océano del nuevo milenio. Es lo que subrayan sus últimos párrafos:

“¡Caminemos con esperanza” Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse contando con la ayuda de Cristo”¹⁰⁶. “Después del entusiasmo jubilar ya no volvemos al anodino día a día”, al contrario, hay que “aguzar la mirada” para descubrir la presencia encarnada del Señor, “tener un corazón generoso” para convertirnos a El y “desentumecer las piernas” para anunciarlo¹⁰⁷. Necesitamos que “nuestra andadura” tanto personal como eclesial se haga “más rápida al recorrer los senderos del mundo”. En él nos aventuramos con la ayuda de Cristo que, “contemplado y amado, ahora nos invita una vez más a ponernos en

607

¹⁰⁵ NMI 52.3

¹⁰⁶ NMI 58.1

¹⁰⁷ Cf NMI 58.1 y 59.1



camino [...] con el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello podemos contar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza ‘que no defrauda’ [Rm 5,5]”¹⁰⁸.

Este acontecimiento pentecostal se renueva cada Domingo cuando “Cristo resucitado nos convoca de nuevo al Cenáculo donde, al atardecer del día primero de la semana, se presentó a los suyos para exhalar sobre ellos el don vivificante del Espíritu e iniciarlos en la gran aventura de la evangelización”¹⁰⁹.

De esta manera se cierra a nuestras espaldas la Puerta Santa del Jubileo “para dejar más abierta que nunca la puerta viva que es Cristo” y lanzarnos con la intrepidez de San Pablo a la misión que nos espera.

En este camino nos acompaña la Santísima Virgen “estrella de la Nueva Evangelización [...] aurora luminosa y guía de nuestro camino”¹¹⁰ y, en América Guadalupeana, “un gran ejemplo de la evangelización perfectamente inculturada”¹¹¹.

En esta Carta, contrario a su usanza, el Papa no termina con una oración explícita, pero sí con un ardiente anhelo que ahora convertimos en una súplica confiada:

“Que Jesús resucitado, que nos acompaña en nuestro camino,
dejándose reconocer [...] en la fracción del pan,
nos encuentre vigilantes y preparados
para reconocer su rostro
y correr hacia nuestros hermanos,
para llevarles el gran anuncio:
¡Hemos visto al Señor!”¹¹²

Dirección autor: E-mail: cprecht@iglesia.cl
zonasur@ctcinternet.

¹⁰⁸ NMI 58.1

¹⁰⁹ NMI 58.2

¹¹⁰ NMI 58.3

¹¹¹ E Am. 11.4

¹¹² NMI 59.2